

MISANTROPIA Y ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

Cárlos, <i>Baron de Menó.</i>	‡ Frantz.	‡ Eugenio, niño de 4. años.
El Mayor Horts.	‡ Peters.	‡ Una Camarera.
El Conde de Walberg.	‡ La Condesa de Walberg.	‡ Dos niños, hijos del Baron.
Biterman.	‡ Eulalia, baxo el nombre	‡ Algunos Lacayos.
Tobías.	‡ de Miler.	‡ Un Postillon.



ACTO PRIMERO.

La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.

El teatro representa un bello paisaje: el castillo aparece sobre una colina, y á la derecha de los actores, á lo léjos, en el fondo, á su izquierda, una pequeña cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce á la morada del Extranjero: á la derecha, hácia el tercero bastidor, hay un pequeño pabellon practicable, del qual se vé solamente una parte.

Peters que viene del castillo.

Peters. **A** amigo Peters, señora Miler lo manda, y es fuerza

llevar este dinerillo al viejo Tobías. Ella me ha encargado que lo calle; pero en buenas manos queda: no, no lo sabrá ninguno. A la verdad que es muy bella muger la señora Miler! bella muger! pero necia, muy necia; porque vé aquí lo que mi padre me enseña: el que gasta su dinero

es un hombre sin prudencia; pero el que lo da, merece que le rompan la cabeza.

Salen Frantz y el Baron: este cruzados los brazos y la cabeza baxa; vé á Peters, y le mira con desconfianza. Peters se queda por un momento mirando al Baron con la boca abierta, se quita despues el sombrero, y con una cortesía extravagante se dirige hácia la cabaña.

Baron. Quién era, Frantz?

Frantz. Es el hijo del que administra las rentas del castillo.

Baron. Por la noche

me hablaste ayer en la cena:—

Frantz. De aquel labrador anciano.

Baron. Es verdad.

Frantz. Mas sin respuesta
me quedé.

Baron. Pues vuelve ahora
á decirlo, si te acuerdas.

Frantz. Pues, señor, es pobre.

Baron. Y tú

de qué sabes su pobreza?

Frantz. El lo dice.

Baron. Y él lo dice! *Con amargura.*

no ignora el hombre la senda
del engaño. *Frantz.* Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.

Baron. Y por qué no? *Frantz.* Si quisiera
explicarlo no podría;

pero mi alma se interesa

en su favor. *Baron.* *Frantz*, que débil

eres! *Frantz.* Es verdad; mas crea

usted, que un necio piadoso

vale mas que la soberbia

de un sabio sin compasion.

Baron. Necio! *Frantz.* La beneficencia
produce la gratitud.

Baron. Ah! no es verdad. *Con dolor.*

Frantz. Quien dispensa

los beneficios, yo juzgo

que es mas feliz en la tierra,

que el mismo que los recibe.

Baron. Eso es verdad.

Frantz. Qué flaqueza!

Y usted es un bienhechor.

Baron. Quién? yo?

Frantz. Por veces diversas

ha sido testigo *Frantz.*

Baron. Hombre crédulo, contempla

que hacer bien es la mayor

de las necesidades nuestras.

Frantz. Oh! no tanto como eso.

Baron. Y los hombres, en mi idea,

son indignos del favor.

Frantz. Muchos, es verdad.

Baron. Pues piensa

que son hipócritas todos.

Frantz. Mentirosos. *Baron.* Aparentan

lágrimas á nuestros ojos,

y rien á espaldas nuestras.

Vé aquí el hombre. *Con amargura.*

Frantz. Sin embargo,

hay algunos:— *Baron.* Dónde?

Frantz. En esa

cabaña. *Baron.* Quién, el anciano?

Y ha llorado sus miserias

delante de ti? *Frantz.* Mil veces.

Baron. Y quieres tú que lo crea?

el verdadero infelice,

amigo *Frantz*, no se queja.

Despues de un rato de silencio.

Pero en fin, cuéntame toda

su desgracia. *Frantz.* Es tan inmensa,

que ha perdido su buen hijo.

Baron. Cómo? *Frantz.* Baxo las banderas

militares sentó plaza

para dar á la pobreza

de su padre algun consuelo.

El Baron le mira, y despues continúa.

Frantz. El viejo tomó por fuerza,

y á pesar de su dolor,

el precio de la terneza

y la libertad de un hijo;

pero al pobre no le queda

otro recurso que el cielo:

enfermo, pobre y sin fuerzas

para ganarlo:— *Baron.* No puedo,

no puedo hacer aunque quiera

nada por él. *Frantz.* Ah, señor!

en favor de su indignancia

usted puede mucho.

Baron. Y cómo?

Frantz. Quizá con poco pudiera

rescatar á su buen hijo.

Baron. Será fuerza que yo vea

al anciano. *Frantz.* Bien, señor.

Baron. Pero, como acaso mienta:—

Frantz. No miente, no.

Baron. Que no miente!

el hombre! el hombre!— es en esta

cabaña? *Frantz.* En esa cabaña,

El Baron entra en ella.

Que alma tan noble y tan bella!

pero con él se me olvida

el modo de hablar: apenas

le conozco, y ha tres años

que le sirvo. La primera

vez que vé un hombre, le habla

con seriedad y dureza;
mas sin embargo, á ninguno
ha negado en su miseria
la proteccion y el consuelo.
El es misántropo, es fuerza,
no hay remedio: sin embargo,
su misantropía empieza
en sus mismas desventuras,
porque el odio que profesa
al hombre no está en su alma,
que solo está en su cabeza.

Salé el Bar. de la cabaña, y Pet. detras.

Baron. Y bien, que me quieres?

Peters. Nada,
pero yo soy el que era:-

Baron. Qué necio!

Frantz. Pues cómo es eso?
tan presto, señor, de vuelta?

Baron. Y qué habia yo de hacer
allí? *Frantz.* Pero en fin es cierta
su desgracia? lo habeis visto?

Baron. He visto á su cabecera
ese bribonzuelo. *Frantz.* Y que
tiene que ver (quando sea
verdad) aqueste muchacho
con la piedad que se alberga
en usted? *Baron.* Tiene que ver:
que estaba de inteligencia
con el viejo:- hombres perversos!
Cómo hubieran, cómo hubieran
hecho mofa los ingratos
de mi credulidad necia,
si me hubieran engañado!

Frantz. Pues usted cree que fueran:-

Baron. Qué hacian juntos?

Frantz. Bien fácil

Sonriéndose de su desconfianza.

es de saber. Hombre, llega, *A Peter.*

ven acá: di, á que has venido
á esta cabaña? *Peters.* Qué, esta?

Frantz. Sí. *Peters.* Yo, á nada.

Frantz. No, no, amigo,
por algo has venido á ella.

Peters. Toma! y por qué? vaya, vaya!

Mire usted, quando me muestra
madama Miler la cara
risueña, por complacerla
me echaria yo en el pozo
del castillo de cabeza.

Frantz. Luego ella te manda? *Peters.* Sí,
por mas que usted lo pretenda
saber, no lo ha de saber.

Frantz. Y por qué?

Peters. Por qué? porque ella
me dixo: ve, Peters mio,

Imitando la voz de Miler.

ve por Dios, y que no sepa
nada ninguno; ve presto,
Peters bonito, que es fuerza
socorrer al viejo:- vamos,
estas palabras me llegan
al corazon, y no puedo
negarme por mas que quiera.

Frantz. Ya, pero si ella lo manda
es fuerza tener cautela.

Peters. Sí, que no la tengo yo.
Mire usted, mas de quinientas
veces le dixe á Tobías,
que no pensara que era
Miler la que le mandaba
el dinero; y aunque fuera
el Rey no se lo diria.

Frantz. Oh! tú eres mozo de prendas.

Y era mucho? *Peters.* Yo no sé;
pero habrá semana y media
que le traxe otro dinero,
y despues otro:- á la cuenta
de lo que se ahorra: y juzgo,
que era en un dia de fiesta,
porque yo tenia puesto
mi vestido nuevo. *Frantz.* Y esa
madama Miler es quien
le socorre en sus urgencias.

Peters. Toma, pues quién? no, mi padre
no es tan tonto como ella:

y dice, que es necesario
guardar siempre nuestra hacienda;
pero con mayor razon
en estio y primavera
no se debe dar limosna,
que entónces la providencia
produce plantas y frutos
para los hombres. *Frantz.* Muy bella
máxima! qué amable padre!
no es verdad?

Peters. Pues quien lo niega?

Pero Miler no hace caso
por mas que la reconvenan.

Y aun hace mas.

Frantz. Qué mas hace?

Peters. Mire usted, quando Isabela tenia los hijos malos, quiso enviarme á su aldea con dinero; mas mi padre no me dexó que yo fuera porque lluvia. *Frantz.* Y qué hizo?

Peters. Toma, lo llevó ella mesma, y se me puso á curar los niños como si fueran suyos. *Frantz.* Muger singular!

Peters. A veces da grima el verla llorar sin saber por qué; y si yo, señor, pudiera verla llorar sin llorar, vaya muy enhorabuena: pero el caso es, que si llora, que quieras, ó que no quieras, yo me quedo sin comer, y echo á llorar.

Frantz. Y bien, queda *Al Baron.* usted, señor, satisfecho?

Baron. Haz que este hablador se vuelva al castillo. *Frantz.* A Dios, amigo

Peters. *Peters.* Con qué usted me dexa?

Frantz. No, pero madama Miler:-

Peters. Ay! es verdad que me espera. A Dios.

Saluda al Baron, que no le corresponde.

Oye usted, señor, aquel está que rebienta de rabia, porque no pudo sacarme ni esto siquiera.

Frantz. Es verdad.

Peters. Ah! no, conmigo no hay que venirse con fiestas, que para guardar secretos yo.

Vase.

Frantz. Bien, á Dios. Qué simpleza! vaya, señor.

Baron. Qué? *Frantz.* Que ahora la desconfianza era injusta. *Baron.* Oh!

Frantz. Pero qué duda le queda á usted?

Baron. Si me queda ó no, calla: en fin no quiero escuchar mas.

Se levanta y sigue hablando con acritud.

Quién es esta madama Miler? por qué su nombre siempre resuena en mi oido? y por qué causa, sin haber podido verla, á qualquier parte que voy ha estado primero ella?

Frantz. Usted debia alegrarse.

Baron. Por qué?

Frantz. Porque es una prueba de que aun hay entre los hombres algunas almas modestas y bienhechoras. *Baron.* Sí, sí.

Frantz. Procure usted conocerla.

Baron. Conocerla! *Con ironía.*

Frantz. Yo, señor, la conozco, y es muy bella.

Baron. Mucho peor: la hermosura encubre con apariencia falaz un alma viciosa.

Frantz. Pues la suya es en mi idea el velo de la virtud: es tal su beneficencia:-

Baron. Ah, qué incauto! mira, *Frantz,* qualquiera muger desea deslumbrarnos, afectando alguna virtud, y esta será quizá mas astuta en su ficcion. *Frantz.* Pero sea como sea, poco importa, con tal de que favorezca al anciano, y haga bien.

Baron. Mejor, así en su pobreza no necesita de mí.

Frantz. No obstante, señor, en ella la buena Miler habrá socorrido las urgencias limitadas y actuales; pero, por mas que lo sienta, no le habrá podido dar para consolar sus penas rescatando á su buen hijo.

Baron. Reparo, que te interesas

Con una ironía amarga.

con mucho ardor por Tobias.

¿Estarás de inteligencia

tú con él para engañarme?

Frantz. Y es posible, que usted crea:-

Con lágrimas en los ojos.

ah! no ha nacido del alma
de usted tan baxa sospecha.

Baron. Es verdad; perdóname,

Con bondad le alargó la mano.

amigo mio. *Frantz.* Sí, venga

la mano y la besaré. *Lo hace.*

mil y mil veces. Es fuerza

que os hayan quizá burlado

algunas almas perversas

cruelmente, para haber

concebido contra ellas

ese odio universal,

aguesa injuriosa idea

de la virtud y justicia.

Baron. Tú lo has dicho. Quénta pena

me has dado, *Frantz!* déxame.

Se vuelve á sentar, y lee.

Frantz. Véle allí con su tristeza

sumergido en la lectura:

así pasa la carrera

de su vida: á los placeres

muerto, á la naturaleza

muerto tambien, y sumido

en su dolor. Quién pudiera

restituírle al placer!

Hace tres años que aleja

la sonrisa de su boca,

y otros tantos que la idea

de un suicidio fatal

me hace estremecer. Si fuera

posible al ménos, que amase

la sociedad:— Si quisiera

cultivar algunas flores:—

Pero nada; en su tristeza

sumergido, calla y lee,

ó si alguna vez despliega

sus labios es detestando

de su mísera existencia,

y maldiciendo á los hombres

artífices de su pena.

Lee el Baron.

En la soledad adquieren mayor energía

nuestras ideas; pero tambien se re-

nuevan las antiguas heridas, y quan-

to en otro tiempo agitó con violen-

cia las fibras de nuestro cerebro, es

un fantasma que nos persigue y nos

atormenta de continuo.

Frantz. Tiene razon ese libro;
pero tambien se me acuerda
haber oido decir,

Va saliendo Tobias.

que por lo mismo era fuerza

huir de la soledad,

y abandonarse á la inmensa

multitud de los negocios.

Tobias. O quénta grata es la influencia

del sol sobre el infelice

Pero mi alma se enagena

de placer, y de su Dios

benéfico no se acuerda.

Se descubre, y levanta las manos al

Cielo.

Frantz. Vé aquí un anciano que goza

El Baron cierra el libro, y mira con

atencion al viejo.

de poco bien en su extrema

necesidad, y da gracias

á la augusta Providencia

del poco bien de que goza.

Baron. Porque la esperanza llega

con los hombres al sepulcro,

y en sus límites los dexa.

Frantz. A Dios, buen hombre: parece

que veo mas fortaleza

en usted. *Tobias.* Dios, y el cuidado

de una muger que no niega

su misericordia al pobre,

me han conservado en la tierra

quizá por algunos años.

Frantz. Sin embargo, usted demuestra

bastante edad. *Tobias.* Sí, señor,

ya paso de los setenta,

y pocas satisfacciones

puedo ya gozar en ella.

Frantz. Pues yo, amigo, me quejara

de mi suerte, si tan cerca

de la tumba me volviese

á la vida y á la pena;

que la muerte es el consuelo

del infeliz. *Tobias.* Usted piensa,

que soy yo tan infeliz?

No gozo aun de la bella

luz del sol amaneciendo?

No he recobrado mis fuerzas

con la salud? ay amigo!

aquel que por vez primera,

después de un penoso mal,
 respira el aura serena
 de una plácida mañana,
 es el mas feliz que llegan
 á ver los rayos del sol.

Frantz. Pero este bien degenera
 bien presto con la costumbre.

Tobías. No en la vejez: muchas penas
 me han afligido y me afligen,
 y sin embargo sintiera
 la muerte. Quando mi padre
 me dexó en su pobre herencia
 esa cabaña, gozaba
 yo de mi salud y fuerzas.
 Tomé una muger honrada,
 tan amante como buena,
 y Dios bendixó mi union
 con tres hijos: pero esta
 dicha duró pocos años.
 Dos de ellos víéron apenas
 el sol de la juventud,
 y la muerte con fiereza
 los arrebató. Yo, amigo,
 sufrí el golpe con paciencia;
 pero mi pobre muger,
 ó mas débil ó mas tierna,
 murió de dolor; quizá
 yo en mi soledad hubiera
 seguídolos á la muerte,
 si la divina clemencia
 no me hubiera consolado.
 En fin, quando mi flaqueza
 adoraba sus decretos,
 y resignado en su eterna
 misericordia vivia
 con un hijo, última prenda
 de mi amor, algo felice,
 su generosa imprudencia
 le conduxo á sentar plaza
 por socorrer la miseria
 de su anciano padre:- Amigo,
 este golpe me condena
 á la pérdida cruel
 del apoyo de mis fuerzas
 inútiles: y os protesto,
 que sin la beneficencia
 de una muger virtuosa,
 de hambre y de pesar muriera.

Frantz. Y sin embargo usted ama

la vida? usted la desea?

Tobías. Y por qué no, mientras haya
 un objeto que interesa
 mi corazon en un hijo?

Frantz. Puede que usted no le vuelva
 á ver jamas. *Tobías.* Sin embargo
 yo le conservo en la idea;
 y aun quando esté decretado
 que mis ojos no le vean,
 esperaria la muerte
 sin yo deseárla. Aquella
 es la cabaña tranquila
 en que nací; aquella vieja
 encina creció conmigo,
 y:- (casi tengo vergüenza
 de decirlo) tengo un perro,
 que en mi dolor me consuela.

Frantz. Un perro! *Riendo.*

Tobías. Un perro; sí, amigo,
 ríase usted quanto quiera;
 pero sepa usted, que Miler,
 la generosa, la buena
 Miler, vino á visitarme
 un dia en mi cabañuela,
 y cómo el perro ladraba
 viéndola entrar, dixo ella:
 por qué no da usted, Tobías,
 este animal, pues apenas
 tiene usted pan que comer?
 Señora, y si yo le diera,
 la respondí, quién me amara
 en mi soledad?

Frantz. No sea

Al Baron, que piensa profundamente.
 causa de que usted se enoje
 la interrupcion; mas quisiera
 que usted oyese:-

Baron. Sí, Frantz,
 todo lo escuché: ve y lleva
 ese libro á mi aposento,
 y te dexarás abiertas
 las ventanas hácia el rio.

Frantz. Voy, señor.

Vase.

Baron. No te detengas. *Con prontitud.*
 Dime, anciano, que te ha dado
 Miler? *Tobías.* Aquel alma bella,
 aquel alma angelical!
 me ha dado quanto pudiera
 desear para comer

hasta el invierno.

Baron. No mientas.

Y nada mas? *Tobías.* Y qué mas?

Ella, señor, bien quisiera

librar á mi buen Ernesto:

pero por mas que lo sienta,

carece de facultades.

Baron. Salva un hijo. A Dios.

Vase con precipitacion, despues de darle una bolsa de dinero.

Tobías. Qué nueva

felicidad es la mia? *Abre la bolsa.*

Válgame Dios! y monedas

de oro! Amigo, miradlo:

A Frantz que sale.

la confianza en la eterna

misericordia jamas

nos engaña::- ó providencial!

Frantz. Y quién es el generoso?

Tobías. Su amo de usted::- ah! que pueda

gozar de su buena obra,

como de la recompensa!

Frantz. Hombre singular!

Tobías. Ni quiso

el buen señor que le diera

las gracias, y ya iba léjos

ántes que mi torpe lengua

se moviese.

Frantz. Vé ahí mi amo.

Tobías. A Dios, amigo. Ello es fuerza

correr quanto me permitan

los años á dar la nueva

de su rescate á mi hijo.

Quánta será su impaciencia,

su placer, quando se abraza

con quanto amaba en la tierra:

con su amante y con su padre!

O tú, augusta omnipotencia,

colma de favor al hombre

generoso; que tu diestra

cubra su frente de gracias:

extiéndase su clemencia

en la felicidad suya.

Que ¡quién hay que la merezca

mejor que el hombre piadoso,

que tu imágen representa?

Vase por la derecha.

Frantz. Ah! por qué no soy yo rico?

por qué yacen las riquezas

en manos de los crueles?

Ah! si yo las poseyera,

socorrer el infortunio

serian mis complacencias.

Vase por la arboleda.

La escena representa un salon del cas-

tillo. Sale Eulalia con una

carta abierta.

Eulalia. Ah! vé aquí lo que me aflige.

Yo estaba ya mas contenta

en mi retiro, á pesar

de que no siempre se alberga

el gozo en el corazon

del solitario. Oh! yo necia

y desgraciada muger!

en el cláustro y en las selvas

te seguirá tu dolor,

clavado como una flecha,

Eulalia, en el corazon.

Pero al fin, quando la pena

le oprimia con su peso,

yo lloraba sin dar cuenta

á nadie del llanto mio;

y errando triste é inquieta

por los campos del castillo,

ninguno formó la idea

de que mi alma obedecia

á la irresistible fuerza

de una conciencia culpable,

que por siempre me condena

á llorar léjos del hombre

mi criminal imprudencia.

Misera yo! si ellos vienen,

á Dios, ó dulce y amena

soledad, á Dios lectura,

que tal vez has dado treguas

á mi dolor con tus gracias.

Y si acaso la condesa

ó el conde traen algunos

de los sugetos que puedan

conocerme? ay! qué infeliz

es aquel de quien rezela

el corazon criminal:

la inoportuna presencia

de uno, de un solo testigo

de su delito y su pena!

Salen Peters. Aquí estoy yo.

Eulalia. Muy bien, Peters:

y Tobías? *Peters.* Allí queda

tan contento el pobre viejo.

Eulalia. Le dixiste de quién era el dinero? *Peters.* Dios me libre.

Le dixiste, que no creyera que era usted la que le daba aquellas quantas monedas, que no era usted.

Eulalia. Muy bien dicho. *Sonriéndose.*

Peters. Pero sin embargo piensa en venir á dar las gracias, que quieras ó que no quieras.

Eulalia. Mira, *Peters*, no permitas, que *Tobías* quando venga entre á verme; dile tú que duermo, que estoy enferma, ó que no tengo lugar.

En fin, dile quando quieras, y no le dexes entrar.

Peters. Bien, y si acaso se empeña, le agarraré por un brazo:—

Eulalia. No, *Peters*, no hagas violencia al enfermo viejecito.

Peters. Me voy, que mi padre llega. *Vase.*

Sale Biterman. Buenos dias, señorita, yo celebro verla buena y graciosa como siempre.

Usted me llama, y quisiera saber qué novedad hay.

Eulalia. A Dios, *Biterman.* Hoy llegan los señores del castillo.

Biterm. Quién? el conde? su excelencia?

Eulalia. Sí, amigo, de aquí á dos horas llega el conde, la condesa, y su cuñado el Mayor de *Horts.*

Biterman. Lo decis de veras?

Eulalia. Usted sabe, *Biterman,*
Con dulzura.

que *Miler* no se chancea jamas. *Biterm.* *Peters*:— y es posible? Válgame Dios! quando vengan qué dirán! *Peters*:—

Sale Peters. Señor.

Biterman. Ve á buscar á toda priesa al guarda bosques, y dile que me mande varias piezas de caza: que *Juana* limpie los quartos de su excelencia, y les quite á los espejos

el polvo para que pueda verse en ellos la señora. *Vase Peters.* Corre, marcha. Qué cabeza me ha puesto la tal noticia!

Pero lo que me da pena es, que la cámara verde está toda descompuesta, y no habrá donde poner al Mayor. *Eulalia.* En la escalera no hay un quarto hácia el oriente?

Biterman. Es verdad; pero esa pieza está para el secretario: no obstante tengo una idea excelente: la casilla que linda con nuestra huerta se la podríamos dar.

Eulalia. Y cómo, si vive en ella el extranjero?

Biterman. No importa, que se vaya.

Eulalia. Oh! bueno fuera cometer una injusticia. Usted sabe, que no media el interes en su elogio; pues ni le he visto siquiera; pero quantos le conocen tienen repetidas pruebas de su virtud; y yo creo que la morada que arrienda la paga liberalmente.

Biterman. Cierito, yo no tengo queja ninguna; pero:—

Eulalia. Qué? vamos.

Biterman. En fin, *Miler*, yo quisiera saber quien es. Qué demonio! siempre va huyendo diez leguas quando me vé, y aunque busco mil ocasiones diversas para hablar con el criado, ni tampoco me contesta. Hoy hace buen dia. Sí. Ya los árboles empiezan á brotar. Sí. Me parece que hoy el amo se pasea con gusto. Sí. Mil demonios se lleven tanta reserva y tal callar, vaya, vaya.

Eulalia. Bien, pero con la impaciencia olvida usted á los condes.

Biterman. Pues si es verdad; usted vea que motivo habrá:-

Eulalia. Las nueve.

Yo me voy á mis haciendas: á Dios, *Biterman.*

Biterman. Sí, sí; también usted es linda pesca; ni tampoco sé quien es. *Madama Miler!* qué buena! hay tanta *madama Miler* en el mundo! La condesa la recibió hace tres años, para darle la intendencia del castillo; pero bien, quién es esta aventurera? de dónde viene, y por qué?

Vé aquí lo que me condena. Vaya, que es fatalidad no averiguar tan siquiera:-

Sale Peters. Padre, padre, que ha llegado un señor, venga usted apriesa, que es el mayor de:- de:- vamos, que llega el señor.

Sale el mayor Hortz. *Peters* imita á su padre en toda esta escena.

Biterman. Merezca
Con muchas cortesías.

un mayordomo, señor, ofrecerse á la obediencia de Usía, y mas quando tiene el honor de hablar de cerca y rostro á rostro al ilustre cuñado de su Excelencia el gran conde de Walberg.

Peters. De Walberg.

Mayor. Oh! vamos, dexa cumplimientos, *Biterman:* ya véis que un hombre de guerra ni los hace, ni recibe.

Biterman. Señor, con vuestra licencia, aunque estamos en el campo veneramos la grandeza de los cuñados de un conde.

Peters. Conde.

Mayor. Muy bien, como quieras.

Mi hermano y yo hemos pensado pasar esta primavera en el castillo. *Biterman.* Aunque fuese un año; pues sin que sea

vanidad, he acumulado, señor, y puesto en reserva con que admirar á los condes.

Peters. A los condes.

Mayor. Bien, muy bella precaucion. Tu economía exige, segun mis cuentas, un disipador, y creo que en mi cuñado se encuentra quanto puedes desear.

Ha dexado la carrera militar, y se propone concluir lo que le queda de vida en este castillo.

Biterman. Y con eso las gazetas vendrán todas las semanas.

Peters. Semanas.

Biterman. Por la escalera me parece:- Sí, *madama Miler:-* buena muger! buena! es el ama de gobierno.

Yo voy á hacerla que venga, si gusta Usía. *Peters.* Si Usía.

Mayor. No te tomes esa pena.

Biterman. Oh señor! no puede serlo nunca para mí dar pruebas de mis respetos á Usía.

Peters. Tos á Usía.

Vanse Biterman y Peters.

Mayor. Qué paciencia es necesario tener con estas gentes! El piensa hacerme quizá un obsequio en mandarme alguna vieja importuna y habladora que me rompa la cabeza.

Sale Eulalia, que hace una cortesía, que anuncia su buena educacion.

Ola! no es vieja. *Eulalia.* Señor, yo me doy la enhorabuena de conocer un hermano de la señora condesa mi bienhechora. *Mayor.* Y yo aprecio un bien que me lisonjea, pues por él conozco á usted.

Eulalia. Sin duda la primavera ha dado motivo al conde de venir aquí. *Mayor.* No, bella *Miler,* usted le conoce:

que haga sereno, que llueva, poco le importa, con tal de que su casa no sienta la tristeza ni el enojo. Amistad, amor y mesa son los placeres de un alma como la suya, y si llega á reunirlos, vé aquí su codicia satisfecha.

Eulalia. En verdad, que la ventura le favorece: riquezas, salud, todo contribuye á su dicha; mas si hubiera probado tal vez los males que á la humanidad rodean, aun al lado de su esposa no gozaria de entera felicidad. *Mayor.* Es muy cierto; pero el alma epicurea de mi cuñado disfruta de un bien, que jamas altera el dolor, y por gozar de su libertad se dexa el servicio, y por vivir tranquilo.

Eulalia. Aquí? *Algo turbada.*

Mayor. Si no encuentra estorbo en la soledad.

Eulalia. Señor, el hombre que alberga un corazon libre y puro, no puede encontrar en ella sino la paz. *Mayor.* Yo aseguro, que es esta la vez primera en que una boca tan linda hace su elogio. *Eulalia.* No crea Usía, señor. *Mayor,* que ni sexó no respeta la soledad, ni me haga ese cumplimiento á expensas de las mugeres. *Mayor.* Señora, la yerdad: ni usted es hecha para vivir en el yermo, ni yo imagino que tenga atractivo para usted.

Eulalia. Señor Mayor, quando reyna una constante igualdad en nuestra vida, es inmensa la rapidez con que pasan nuestras horas: las ideas

de un dia retratan siempre las del anterior; las mismas ocupaciones y el mismo placer. Quando en una bella madrugada me levanto por gozar de la serena luz del sol amaneciendo, bendigo la omnipotencia de la mano que derrama vida en la naturaleza.

Dexa el ganado su establo, y las tranquilas ovejas van al prado: el labrador, sacudiendo la pereza, unce los amigos bueyes, y los vientecillos suenan con sus rústicos cantares.

Vuelvo á casa, y mis haciendas particulares me ocupan hasta que la tarde llega

y voy á regar mis flores:—

Mis flores, las compañeras de mi soledad. En tanto

los mozos y las doncellas me divierten con sus juegos

que dirige la inocencia,

hasta que el plácido sueño

y el cansancio nos dispersan.

Mayor. Es verdad, pero el invierno:—

Sale Peters.

Peters. Toma, ya está en la escalera; yo no puedo mas.

Eulalia. Qué es eso?

Peters. Qué ha de ser? que se me cuela Tobías:— aquí está ya.

Sale Tobías. Oh mi bienhechor! es fuerza, es fuerza que yo:—

Queriendo abrazar los pies de Eulalia que lo impide.

Eulalia. Buen hombre:—

Válgame Dios! ¿no pudiera usted venir á otra hora?

ya vé usted:—

Tobías. Muger modesta

tanto como virtuosa,

el señor:— *Mayor.* Y bien, qué intenta

este anciano? *Tobías.* Demostrar

la gratitud que me llena

todo el fondo de mi alma

á los pies:- *Eulalia.* Mañana es buena ocasion. *Mayor.* Déxelo usted

Con viveza.

y permita que yo sea testigo de un accidente, que me dice en lo que emplea la bella Miler el tiempo.

Habla, buen viejo, y consuélame tu corazón. *Tobías.* Ah señor!

si cada palabra fuera una bendición celeste!

Yo estaba en mi cabañuela abandonado y enfermo,

y mi débil existencia caminaba hácia la muerte.

La lluvia, el viento, la intensa nieve entraban en mi choza,

y yo en una vieja estera desnudo, pobre y enfermo,

aun no tenía siquiera unas migajas de pan

que dar á mi perro en prueba de gratitud á su amor.

En esto que Miler llega como el ángel del consuelo;

me da favor, me dispensa remedios, y todo quanto

necesitaba en mi extrema situación; pero la gracia

de su virtud, su halagüeña oficiosidad, lograron

recuperar la flaqueza de mi vejez:- Ah! yo vivo,

yo vivo, y gozo la eterna luz del sol por su piedad.

Y querrá que no agradezca mi sensible bienhechora?:-

Se arrodilla.

Eulalia. Por Dios, buen viejo:-

Tobías. Modesta

Miler, dexelo usted que riegue

Ella lo impide.

con mis lágrimas la tierra que pisa; dexelo que bese

la mano que se interesa en mis males, y por quien

bendice la Providencia mi vejez. El extranjero

que ha venido á nuestra aldea

me ha dado el oro que veis para rescatar la prenda de mi amor, al hijo mio.

De aquí voy á la bandera, le rescato, lo desposo

con una jóven honesta, y quizá tendré el placer

de ver en la propia mesa, de poner en mis rodillas

los frutos de su ternura. Y si acaso pasa usted

alguna vez por la puerta de mi cabaña, qué gozo

será para su alma bella decir: estos son felices

por mi piedad.

Eulalia. Ah! qué pena

me está usted dando, *Tobías!* basta.

Como suplicando.

Tobías. Sí, basta: mi lengua

es incapaz de explicar cuánto es el placer que prueba

mi corazón este instante.

Le besa la mano de por fuerza, y Peters se va limpiando las lágrimas.

Muger virtuosa y tierna, solo Dios y tu virtud

pueden ser tu recompensa.

Vase y Peters.

Eulalia. Mucho tardan ya los condes.

Mayor. No, bella Miler, no quiera usted distraerme acaso

de la deliciosa idea de su virtud. Ah! qué poco

discurrí yo hallar en esta soledad una muger

como usted!

Eulalia. Pues qué una escena tan simple puede causaros

admiración? *Mayor.* Yo quisiera saber (perdone usted, Miler,

una curiosidad necia) si usted ama, y si es casada.

Eulalia. Lo fui.

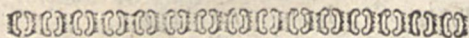
Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.

Mayor. Luego usted, en esa suposición, es viuda!

Eulalia. Ay señor! hay ciertas cuerdas

en el corazón humano,
que si las pulsan resuenan
con dolor. Perdona Usía,
voy á ver si el conde llega. *Vase.*

Mayor. Vaya usted, que ya la sigo.
Válgame Dios! quién creyera
hallar en la soledad
de una miserable aldea
tal muger! piadosa, noble,
y como bella modesta.
Quién será? pero qué importa
que sea ilustre ó no sea
para los hombres de bien?
No es mi corazón de piedra,
ni cerrado á la virtud:
no es compasiva, no es bella,
no la amo? pues vé aquí
sus títulos de nobleza.



ACTO SEGUNDO.

La escena se representa en el salon antecedente. Salen el Conde, la Condesa, el Mayor, Eulalia, Biterman, Peters, un Postillon, dos Lacayos y una Camarera de la Condesa que trae un niño de la mano.

Conde. En fin llegamos, el Cielo bendiga nuestra jornada como puede. Bella Miler, cansado de mis campañas, en las banderas de usted vengo á tomar una plaza.

Eulalia. Mis banderas, señor conde, ya solo en la retirada se despliegan. *Conde.* Sin embargo, los amores y las gracias vuelan en contorno suyo.

Condesa. Vaya, amado esposo, vaya, usted parece que olvida que estoy aquí. *Conde.* Pero amada esposa, bien puedo yo Remedándola. hacer tambien lo que acaba de hacer su hermano de usted, que ha reventado las jacas de mi tiro, por llegar con dos horas de ventaja.

Mayor. Si hubiera sabido cuánto tienes de amable en tu casa, dirías bien. *Condesa.* Cara Miler, voy á complacer el alma de usted como lo desea. Este niño es de mi hermana, de mi pobre Carolina, que ha muerto la desgraciada, y le dexa sin amparo, con que suplamos su falta entre las dos. *Niño.* Tia mia, es otra mamá? qué guapa! ay! pues yo la querré mucho.

Condesa. Bien, Eugenio. *Al oír Eugenio se turba Eulalia, y después profundamente pensativa se inclina hácia el Niño.*

Eulalia. Qué se llama Eugenio? Qué bello nombre?

Niño. Yo soy Eugenio.

Eulalia. Qué gracioso!

Conde. Y bien, Biterman, yo creo, *Dando á Biterman su espada y sombrero, y se sienta.*

que nos tendrás preparada una regular comida.

Biterman. Señor, no será muy mala.

Mayor. Oye, condesa, quién es *Ap. á ella.* ese tesoro que guardas en este campo? *Condesa.* Oh, señor enamorado, y que alhna tiene tan tierna! *Mayor.* Responde.

Condesa. Y bien, qué quieres? se llama Miler. *Mayor.* Sí, ya lo sé; pero:-

Condesa. Pero yo tampoco sé nada mas. *Mayor.* Oh! no burles.

Condesa. No burlo.

Vente conmigo á la sala del conde, y allí verás que lo ignoro. Eugenio, vaya, ven á descansar un rato. Querida Miler, no salga usted de aquí; pronto vuelvo, y en la compañía grata de usted espero gozar quantos gustos me prepara la soledad que amo tanto.

Vanse la Condesa, el Mayor, los Criados y el Niño.

Conde. Y bien, Biterman, aun gastas aquel buen humor que siempre?

Biterman. Para servir á tan alta Excelencia. **Conde.** Bien, yo espero tener buenas temporadas contigo. **Biterman.** Lo que es por mí haré, señor, quanto haya que hacer.

Por Peters, que le está haciendo cortesías quando le mira.

Conde. Quién es ese tonto? y qué significan tantas cortesías? **Biterman.** Con perdon de su Excelencia se llama Peters, y es mi hijo. **Conde.** Ah! sí. Y cómo estamos de caza?

Biterman. Oh! de caza grandemente.

Mas yo he preparado varias diversiones á mis amos.

Excelencia, es una octava maravilla ver el parque: obeliscos, lontananza, ruinas y:- qué sé yo?

Por exemplo, allí á la entrada del bosque, sobre el arroyo, hay una puente labrada á la chinesca:- mas cómo! con qué solidez!

Conde. Pues vaya, *Se levanta.* hombre, mientras que comemos llévame á ver esas raras invenciones. **Biterman.** Sí, señor,

Biterman le da el sombrero.

pues Vuecelencia lo manda, tendré el honor de servirle.

Peters. Yo tambien.

Conde. Pero, madama

Miler, usted trabajando, sin hablar una palabra! qué es esto? yo vuelvo pronto, y quiero verla ocupada seriamente en discuir como variar las gracias y los placeres del campo.

Vamos, qué ya tengo gana

A Biterman.

de ver la puente chinesca.

Biterman. Es magnífica.

El Conde, Biterman y Peters parten

por la derecha de los actores. Eulalia, que desde que se fué la Condesa se puso á bordar, derramando lágrimas sobre el bastidor, sumergida en una profunda meditacion que solo interrumpe su llanto, despues de haberse ido los de la escena anterior, dice, ya puesta en pie.

Eulalia. Qué pasa

en mi corazon? Dios mio! qué mocion inesperada ha sentido, que mi llanto jamas con tanta abundancia se vertió! quando el dolor me obedecia, las gracias, la presencia de aquel niño han aniquilado el alma de una infeliz. Ay! su nombre me recuerda quanto amaba mi corazon en la tierra. Tambien esta madre ingrata tiene un Eugenio! un Eugenio! cuya maternal crianza no es obra mia. Si ha muerto! quién sabe si ante las plantas del Dios de los inocentes él y mi pequeña Amalia piden contra mí? ó idea cruel! por qué despedazas mi corazon, y su llanto moribundo me retratas, sino hay remedio? por qué me pintas su amable infancia luchando contra el dolor, é implorando en su desgracia la compasion que les niega una mano mercenaria? Y cruel los abandona su madre desventurada é insensible! ay! cuán culpable criatura soy! se me arranca el corazon al pensarlo. Y quando, quando mi amarga pena me devora el pecho! quando debó en mis palabras aparentar un placer de que no goza mi alma.

Sale Peters apresurado y gritando.

Peters. Ay Dios mio, ay!

Eulalia. Qué es eso?

Peters. Que el conde ha caído al agua,
y su Excelencia se ahoga.

Eulalia. Pero ha muerto?

Peters. No le falta
mucho; pero no se ha muerto.

Eulalia. Pues no grites, vamos, calla,
que su esposa:-

Peters. Qué no grite?
ay Dios mío de mi alma!

Gritando mas.

que se ha mojado el señor.

Salen la Condesa y el Mayor.

Condesa. Por qué das voces?

Mayor. Quién causa
ese ruido? *Eulalia.* Señora,
un ligero acaso, nada;
ya está fuera de peligro
el conde: es verdad? *A Peters.*

Condesa. Madama,
pues qué ha sido?

Peters. La maldita
puente chisnesca:- y estaba
fuerte; pero, ya se vé:-
tambien el señor se agarra
de los maderos! si aquello
no está para sufrir chanzas.
Toma, así que los tocó,
puf, se cayeron al agua,
y el señor se fué detras.

Condesa. Ay mi esposo!

Eulalia. Pero, vaya, *A Peters.*
no le sacasteis al punto?

Peters. Quién? yo y mi padre? ya baxa!
lo que hicimos fué gritar,
y gritar por las cabañas.
A nuestros gritos llegó
aquel hombre que no habla
nunca, y soltando la ropa
se tiró de un salto al agua,
agarró al señor de un brazo,
en la orilla me le planta
bueno y sano, y se marchó
sin decir una palabra.

Condesa. Ay hermano! ay Miler mia!
venid, corramos en alas
del desco á dar al conde
nuestro favor, y las gracias
al generoso extranhero,

que le sacó de las aguas.

Vanse precipitados.

*El teatro representa la escena prime-
ra del primer acto. El Baron apare-
ce sobre un asiento rústico, y de
allí á un momento sale Frantz.*

Frantz. Quiere usted comer?

Baron. No. *Frantz.* Vamos,
un pichon. *Baron.* No tengo gana;
come tú. *Frantz.* Quizá el calor:-

Baron. Puede ser.

Frantz. Pues bien, se guarda
para la noche? *Baron.* No, come.

Frantz. Me da usted licencia para
Después de algun silencio.

hablarle un poco?

Baron. Sí, *Frantz.*

Frantz. Pues, señor, usted acaba
de hacer una buena accion.

Baron. Qué? *Frantz.* La de salvar:-

Baron. Oh! calla.

Frantz. Sabe usted á quien?

Baron. A un hombre.

Frantz. Pero un hombre que se llama
el conde de Walberg. *Baron.* Bien.

Frantz. Ese proceder me arranca
Otro silencio.

mil lágrimas de ternura.

Baron. Qué debilidad!

Frantz. Un alma

tan noble! tan generosa!

Baron. Tú me adulas? vamos, basta,
Se levanta.

vete. *Frantz.* Quando yo en silencio
pienso en la jamas exhausta
piedad de usted; en el gozo
con que alivia las amargas
penas de qualquiera hombre,
y que á pesar de tan grata
virtud no es usted felice,
se me parten las entrañas
de dolor. *Baron.* Ay buen amigo!

Alargando la mano.

Frantz. Amado señor, si tanta

La coge y habla.

melancolía procede
de alguna enfermedad rara,
yo sé de un Médico docto,
que quizá podrá curarla.

Baron. Ay Frantz! mi mal es aquí,
Pone la mano sobre el corazón.
 y á esta enfermedad no alcanzan
 los remedios. *Frantz.* Con que luego

es usted por otra causa
 realmente desdichado,
 siendo tan bueno? Qué amarga
 situación es la de usted!

Baron. Yo sufro, sin que lo haya
 merecido. *Frantz.* Pobre amo!

Baron. Olvidas que esta mañana
 dixo el anciano: aun hay otra
 vida mas feliz? pues calla,
 esperemos y suframos.

Frantz. Esperemos. *Baron.* *Frantz.*
Despues de algun silencio.

Frantz. Qué manda
 usted? *Baron.* Es fuerza partir.

Frantz. Y adonde será la marcha?
Baron. Dios lo sabe.

Frantz. Yo estoy pronto
 á seguir á usted.

Baron. Me engañas,
Frantz?

Frantz. Señor, hasta la muerte.

Baron. Ay! oxalá! allí descansa
Con vehemencia.

para siempre el infelice.

Frantz. El justo goza de calma
 en todas partes. Qué importa
 la tempestad que amenaza
 en derredor de nosotros,
 si vive tranquila el alma?
 fuera de que, no está usted
 contento en su solitaria
 habitacion? *Baron.* No: mil gentes
 desconocidas acaban
 de llegar á este castillo;
 y los que ignoran las gracias
 de la soledad acaso
 llamarán extravagancia
 y ridiculez mi humor.

Frantz. No, señor, la temporada
 que le habiten será corta:
 es un enxambre que vaga
 aquí y allí, sin deseo
 de posar sobre las ramas
 de la soledad: la moda
 le trae aquí, y mañana

el frio y la moda misma
 le llevarán de reata
 á su primera colmena.

Baron. Me parece que acibaras
 tu reflexion. *Con desconfianza.*

Frantz. Ello es fuerza
 mezclar tal vez con las gracias
 la seriedad. *Baron.* Y presumo,
 que acaso quando le falta
 objeto á la burla tuya,
 lo soy yo.

Frantz. Quién, usted? vaya,
 volved á caer de nuevo
 en esa desconfianza
 universal. Es posible:-

Baron. Pero aguarda, Frantz, aguarda:
Mirando adentro.

qué uniformes, qué plumages
 son aquellos que se alcanzan
 á ver? huyamos. *Frantz.* Huyamos.

Baron. Y presto: si yo tardara
 en hacerlo, era preciso
 cerrar por siempre mi estancia
 á su importuna visita,
 y yo en ellos no extrañara,
 que á mi pesar penetrasen,
 hasta mi retiro: hasta,
 que llegan, voy á cerrar
 mis puertas y mis ventanas. *Vase.*

Frantz. Y yo aquí de centinela.

Paseando.

Con efecto no se engaña
 en que á nosotros nos buscan;
 pero al cabo, si ellos tratan
 de saber quien es mi amo,
 será en valde: no sé nada,
 y nada sabrán.

*Salen al bastidor la Condesa y su
 hermano.*

Condesa. Hermano,
 aquel que por allí anda
 será su criado. *Mayor.* Amigo,
Se acercan.

podríamos ver mi hermana
 y yo al extranjero? *Frantz.* No.

Mayor. Con pocos minutos hastan
 para verle. *Frantz.* Se ha encerrado.

Condesa. Dígale usted, que una dama
 se lo suplica. *Frantz.* Ay señora,

es en vano. *Condesa.* Cosa rara!
aborrece á las mugeres?

Frantz. A toda la especie humana.

Condesa. Y por qué?

Frantz. Acaso le habrán

engañado. *Condesa.* Extravagancia

poco galante! *Frantz.* Es verdad;

pero tambien quando halla

ocasion de dar la vida

á un hombre, corre y le salva,

exponiéndose á la muerte.

Mayor. Mas vale que no la falsa

y necia galantería:

pero tampoco una vana

ceremonia nos conduce

aquí para darle gracias.

La esposa pues y el cuñado

de aquel á quien de las aguas

ha libertado, desean

hacerle ver la eficacia

de su gratitud. *Frantz.* Tampoco

gusta mucho de eso. *Condesa.* Vaya,

que es un hombre singular.

Frantz. Que solo vive en la calma

de la soledad. *Condesa.* No obstante

yo quisiera verle para

saber quien es.

Frantz. Yo tambien.

Condesa. Pues usted que le acompaña

no le conoce. *Frantz.* Y muy bien:

esto es, conozco el alma

virtuosa que le anima;

porque á la verdad, madama,

juzga Vucencia que solo

con saber el nombre basta

para conocer el hombre?

Condesa. Tiene usted razon, me agrada

ese modo de pensar.

Y usted quien es?

Frantz. Yo, madama:—

un criado de Vucencia. *Vase.*

Condesa. Sin duda la extravagancia

de parecer singular

encierra en esa cabafia

á este hombre. *Mayor.* Y el criado

le imita bien. *Condesa.* Pues ya basta

de importunidad. Ahora

volvamos atras, que tardan

mi marido y nuestra Miler.

Mayor. Escúchame antes, hermana.

El accidente del conde

nos interrumpió en la sala

del castillo, y aun ignoro

lo que le importa con tanta

verdad á mi corazon.

Quién es esta muger sábia,

esta muger singular,

cuyas virtudes y gracias

me han enamorado tanto?

yo te lo suplico, habla.

Condesa. No sabes ya, que lo ignoro?

qué te admira? es una exácta

verdad. Quando yo la ví

por primera vez en casa,

me pareció sumergida

en su dolor, y entregada

á la tristeza. Con todo

no le pregunté la causa

de su pesar, porque juzgo

que los secretos que guarda

el desventurado, son

su desventura, y un alma

sensible ha de distraer

al infelice que calla

del objeto de su llanto.

Mayor. Pero cómo tuvo entrada

en tu casa? *Condesa.* Veslo aquí.

Tres años habrá que estaba

yo en el castillo, y un dia

por la tarde mis criadas

me dixeron, que una jóven

solicitaba la gracia

de hablarme. Dixe que bien;

quando pareció madama

Miler con esta modestia,

esta sencillez que arrastra

el amor; pero sus ojos

con mil signos demostraban

el tormento roedor,

que se ha convertido en grata

y dulce melancolia.

Ella se arrojó á mis plantas,

pidiéndome que salvase

á la mas desventurada

de la tierra. Yo sensible

á su llanto y á las gracias

de su juventud, la alcé,

prometiéndola mi casa,

mi proteccion y mi amparo,
sin afigir mas su alma
con preguntas dolorosas;
pero procuré con ansia
conocerla: y advirtiendola
la virtud que se hospedaba
en ella, muy desde luego
no la admití por criada
como pidió, sino amiga.

Un dia pues que pasaba
con ella por estos campos,
la ví absorta, enagenada,
y con el alma en los ojos,
contemplando la inexhausta
é imponderable belleza
de estas plácidas campañas.

Por lo mismo la propuse
mi castillo por morada
constante de su infortunio.

Ella, sin que otra palabra
pudiese articular, coge
mi mano, la besa y baña
con llanto; su corazon
agradecido brillaba
en su llorar silencioso.

Desde entónces, retirada
en mi castillo, prodíga
su piedad en las cabañas
del contorno con secreto:
y en fin, Mayor, adorada
de quantos la vén, habita
en mis campos solitaria.

Vé aquí, amigo, lo que sé.

Mayor. Poco, á la verdad, ó nada
para dexar satisfecho
mi deseo; pero basta
para mi resolucion.

Ayúdame; tu eficacia
puede hacer que se declare;
y con tal que sea honrada
su familia, es mi muger.

Condesa. Quién? *Mayor.* Miler.

Condesa. Hermano:-

Mayor. Hermana:-
querrás decir:-

Condesa. Poco á poco.

Las máximas que reclaman
la igualdad de los estados
no juzgues que son extrañas

para mí: pero vivimos
en sociedad, y la vara
de la opinion:- *Mayor.* Enriqueta,
en vano, en vano te causas:
la virtud es siempre noble.

Una pasion no esperada,
tan rápida como activa,
me subyuga y arrebatada.

Yo no repugno á esconderme
en la tranquila morada
de la obscuridad, si en ella
puede reposar el alma

en paz y dichosa. *Condesa.* Pero
ya véstú, que no me falta
que responder: tú Mayor,
debes respetar tu casa

y á tus amigos. *Mayor.* Yo debo
(concluyamos pues, hermana)
ser feliz y hacer felices
á mis hijos, y me basta
mi corazon para guia.

Condesa. Ahora el amor apaga
las luces de tu razon,
y no adviertes en las causas
que pudieran destruir
tu intencion. ¿Quizá madama
Miler podrá recibir
tu oferta sin repugnancia?

Mayor. Vé ahí para lo que imploro
tu persuasion y tu gracia.

Bella Enriqueta, conoces
mi corazon á quien causa
y siempre cansó la necia
galantería. La llama
del amor, ó lo que usurpa
su nombre, no tuvo entrada
jamás en él, y un amigo
en otro tiempo llenaba
toda su capacidad:

hoy amo en fin, y me arranca
la felicidad, si estorbas
una union tan deseada.

Pero compadéceme,
habla por mí. *Condesa.* La palabra
te doy de hacerlo, aunque veo
tu error. No te persuadas,
sin embargo, que confio
convencerla:- pero calla,
que llegan aquí:-

Salen Eulalia y el Conde por la derecha.

Conde. Por Dios, señora Miler, que anda usted por doce: no, amiga, para el necio que apostara con usted.

Eulalia. Esto es costumbre, y á las dos ó tres semanas que Vucencia lo exerciera, no le costaria nada el andar. *Conde.* Y dónde está Biterman? le daré gracias por su puente á la chinesca, que á fe mia, es una alhaja digna de un príncipe.

Condesa. Y bien, dime, ahora dónde estabas, que te íbamos á buscar?

Conde. Dónde estaba? con madama venia; yo no sé mas, porque, amiga, mientras habla Miler no sé donde estoy.

Eulalia. En la colina cercana, hemos estado en la orilla del rio que su pie baña, y fertiliza el contorno.

Conde. A la verdad, que es muy grata y amena la perspectiva que ofrece nuestra comarca; mas oír la descripción poética y entusiasta de las bellezas del campo en la boca de la sábia Miler, es mas agradable. Con todo, si no se enfada *A Miler.* usted, basta de paseo: me ha cansado la mañana, y luego el salto que he dado por Biterman.

Condesa. Si te cansas, vamos al castillo. *Conde.* No; yo estoy fatigado para andar de nuevo, y la sed me molesta: que nos traigan cerbeza Inglesa. Mayor, qué tal? baxo la enramada la beberémos. *Condesa.* Muy bien; y en tanto que tú descansas, la bella Miler, si gusta,

me acompañará. *Conde.* Pues vaya, no os alejeis. Voto va! que no hay ninguno de casa, que vaya por la cerbeza.

Ello es cierto, que me enfada un holgazan de lacayo, que me cuente las pisadas; mas ahora:-- allí está Peters,

Mirando adentro.

que anda á vueltas con las ramas de un peral. Peters, muchacho, eres sordo?

Dentro Peters. Quién me llama?

Conde. Yo; ven acá, que otro día te comerás las que faltan.

Dentro Peters. Voy allá. *Conde.* Pronto.

Sale Peters con muchas peras en el seno.

Peters. Aquí estoy.

Conde. Mira, vete sin tardanza al castillo por un frasco de cerbeza (y no te caigas con él) que lo llevarás allí debaxo: despacha.

Peters. Voy corriendo.

Vase.

Conde. Señoritas, hasta luego.

Se van por el fondo de la derecha.

Condesa. A Dios. Madama Miler, y bien, qué os parece mi hermano?

Eulalia. Que en él se hallan mil prendas que le hacen digno de serlo. *Condesa.* Ya yo esperaba una lisonja de usted.

Eulalia. Muy léjos de qualquier vana consideracion, le miro como á un hombre á quien no falta ni el valor, ni la virtud.

Condesa. Bella Miler, ni gallarda persona: no es verdad?

Eulalia. Sí.

Condesa. Pero un sí, dicho con tanta *Remedándola con amistad.* indiferencia es un no; y sin embargo idolatra en Miler. Qué dice usted?

Eulalia. Que una burla poco urbana no es digna de Vucencia; pero esta será una chanza

inocente, y sin embargo está mi alma tan lejana de admirarla:-- *Condesa.* Como usted de ser el objeto: basta, que os hablo con seriedad.

Eulalia. Yo no afectaré una falsa *Llena de embarazo.* modestia; pero Vucelencia me confunde y embaraza. Fué un dia, es verdad, señora, en que brilló alguna gracia en mí; pero el infortunio ha borrado en su venganza las facciones de mi rostro. Ay! Solo la paz, la calma del corazon embellecen á la muger, y las gracias de que se enamora el justo debe anunciar un alma tan pura como tranquila.

Condesa. Oxalá que yo probara la satisfaccion de ser tan venturosa!

Eulalia. Madama, *Con vehemencia.* oh! no lo permita el cielo!

Condesa. Cómo? *Admirada.*

Eulalia. Perdonad la causa de mi agitacion. Señora, soy una desventurada. Tres años de pena y llanto no hacen digna mi desgracia del amistad de Vucelencia; pero sí de su inexhausta misericordia. *Quiere irse.*

Condesa. No, Miler, venga usted acá; se trata de un asunto, que merece atencion. La inesperada sentencia, que usted se impone, á la verdad, no me causa extrañeza: usted parece á un enfermo que juzgaba ver el infierno á su lado, y este infierno solo estaba en su cabeza. *Eulalia.* Ah señora! que el infierno me acompaña en el corazon por siempre.

Condesa. Miler, la amistad es grata *Tomándole las manos.*

y consoladora. Nunca exígi la confianza de usted sobre su infortunio, y ha tres años que mi casa oculta su desventura; mas hoy otra nueva causa, me anima para saberla. Usted habla con su hermana, con su amiga, y para prueba un hombre de bien os ama. Usted quizá llamará ligereza lo que acaba de oír; pero, amiga mia, mi hermano posee una alma sensible, un corazon noble, y una virtud no violada. El buscaba una muger, que reuniese la sábia educacion y belleza; y la virtud y las gracias le han enamorado en Miler. La primera vez que hablaba con usted, su compasion, su beneficencia:-- vaya,

Miler demuestra vergüenza. cara Miler, no prosigo, porque juzgo que se agravia la modestia generosa de usted. En una palabra, él aspira á ser su esposo: su felicidad descansa en usted sola; y supuesto que usted me vé interesada en saber su desventura, haga usted mas confianza de su amiga. Bella Miler,

Con la ternura de amistad. mi corazon se dilata para recibir sus penas, haga usted por derramarlas en él, y lloremos juntas, si yo no puedo aliviarlas.

Eulalia. No hay remedio, el sacrificio mas doloroso que el alma me sugiere arrepentida es renunciar voluntaria á la estima de los buenos. Es preciso. (*Triste Eulalia, Aparte.* empieza á pagar tu culpa.)

- Nunca oyó Vucencia:-- Ay! basta,
Apartándose con miedo.
 perdon:-- Nunca oyó Vucencia
 el nombre?-- Desventurada!
 Qué tanto es cruel disipar
 la ilusion en que apoyaba
 Vucencia su compasion!
 (Pero una muger culpada *Aparte.*
 podrá ser tan orgullosa!
 No hay remedio.) En fin , madama,
 nunca oyó Vucencia el nombre
 de la criminal Eulalia,
 baronesa de Menó?
- Condesa.* Que vivia en la cercana
 Corte? Sí, Miler, y juzgo
 que ha causado la desgracia
 de un hombre de bien.
- Eulalia.* Dios mio!
 de un hombre de bien!
- Condesa.* Ingrata!
 y dicen que con un jóven
 huyó la infiel de su casa.
- Eulalia.* Verdad, verdad:-- ah señora!
Se arrodilla.
 dexa que inunde tus plantas
 con mi llanto; no me niegues
 una infelice morada
 donde pueda yo morir.
- Condesa.* Gran Dios! y qué es lo que habla
Apartándose de ella.
 esta muger? usted es?--
- Eulalia.* Yo, la mas desventurada
 y abominable criatura.
- Condesa.* Usted será?-- Desgraciada!
 El corazon se le rompe
 de dolor, y mis entrañas
 se conmueven con su llanto.
 Vamos, alce usted: su amarga
 situacion me compadece;
 pero evitemos que salga
 de nosotras un secreto,
 que usted con razon callaba.
- Eulalia.* Ah! mi conciencia, señora,
 mi conciencia me amenaza
 con su grito vengador.
 No me aborrezcais. *Condesa.* Eulalia,
 no, yo no aborrezco á usted.
 Sus virtudes, sus desgracias,
 su mismo remordimiento
- no borrarán una falta
 tan odiosa; pero nunca
 negaré á usted en mi casa
 un aposento en que lllore
 de un esposo que la amaba
 la pérdida irreparable.
- Empieza á vagar furiosa por el teatro.*
Eul. Irreparable! *Condesa.* Oh! inocente,
 oh! desgraciada muger!
- Eulalia.* Y mis hijos!
Condesa. Basta, basta,
 por Dios. *Eulalia.* El sabe si viven!
Condesa. Pobre madre!
Eulalia. Me arrebatan
 al hombre mas virtuoso.
- Condesa.* Infeliz!
Eulalia. Que idolatraba
 en esta muger indigna. *Con terror.*
 Miserable yo! Si su alma
 inocente me acrimina
 ante Dios!
- Condesa.* Ah! cómo vagan
 sus ojos con el furor!
Eulalia. Murió para mí!
Condesa. La espada
 del dolor hiere su pecho.
- Eulalia.* Padre mio! tu malvada
 hija te cuesta la vida.
- Condesa.* Qué cruel es la venganza
 de la ultrajada virtud!
- Eulalia.* Y yo vivo!
- En todo el incremento de la pasion.*
Condesa. Desdichada,
 quién habrá que te aborrezca,
 viéndote llorar? La falta
A ella con amor.
 de usted, infelice amiga,
 quizá no habrá sido tanta.
 La debilidad de usted
 ha sido un sueño, una vana
 y pasagera ilusion.
- Eulalia con viveza.*
Eulalia. No, no, mi culpa es bien clara,
 bien horrorosa, y querer
 hacerla menor agrava
 mi tormento:-- Ah! nunca, nunca
 es mayor, que quando trata
 mi razon de disculparme:
 no hay disculpa, ni se halla

para mi crimen. El triste consuelo mio dimana de saber que he merecido la exêcracion de las almas justas. *Condesa.* Pero tambien ellas no le negarán su gracia á las lágrimas de usted.

Eulalia. Ah! si Vucencia lograra

Mas tranquila.

conocer á mi buen Carlos! quando esta muger ingrata le vió:- ay! él reunia las virtudes y las gracias: no apenas tenia yo quince años.

Condesa. Y casada

quánto estuvo usted primero que abandonase la casa de su marido? *Eulalia.* Dos años.

Condesa. Pues luego ve aquí la causa de un yerro á que no asentia el corazon: su temprana juventud.

Eulalia. La juventud no me disculpa, madama. Oh inocente padre mio! tú grabastes en mi infancia los principios del honor.

Condesa. Lo creo; pero la incauta inexperiencia resiste á la seduccion? y cuántas, cuántas veces ha caido la virtud en las lazadas de un corruptor cauteloso!

Eulalia. Paes vé aquí lo que se llama incomprehensible en mi yerro.

El autor de mi desgracia, y cómplice del delito se confundia en su nada comparado con mi esposo. Mas su lengua inveterada en la seduccion, sabia pintar cruel y tirana la virtud de Carlos: este tampoco lisonjeaba los caprichos de mi luxo, que tanto aprecian las almas nuevas como yo imprudentes, y la cloqüencia malvada

de mi corruptor indigno seducia é inflamaba mi vanidad. En fin:- ay! padre, esposo, hijos:- (oh! caras prendas!) todo lo dexé por seguir:- á quién? La innata providencia se ha vengado, permitiéndome que abra los ojos sobre mi culpa. Mil tormentos despedazan mi corazon. Ah! yo siento

Se señala al corazon.

aquí, aquí:- Justicia santa de mi Dios! yo lo merezco, y te adoro en tus venganzas.

Condesa. Pero un alma virtuosa no pudo hacer dilatada su ignominia.

Eulalia. Lo bastante para jamas expiarla.

Ah! sin duda mi embriaguez pasó presto, y en la amarga pena que me circuia, invoqué desconsolada el hombre á quien ofendí; pero en vano: procuraba tal vez escuchar el llanto de mis hijos, que llamaban á su madre, pero en vano.

Condesa. Dexemos ya tan ingratas memorias. Usted, en fin, huyó de aquella tirana cautividad?

Eulalia. No pudiendo soportar la odiosa carga de mi error, vine á buscar un asilo en la morada de la virtud generosa, donde pueda mi desgracia llorar y morir.

Condesa. Amiga, desde ahora se derrama en mi corazon su llanto: oxalá hiciera mas grata la suerte de usted mi amor, animando su esperanza!

Eulalia. Ah! nunca, nunca.

Condesa. Y usted qué sabe del baron? *Eulalia.* Nada.

Solo sé que abandonó
su mansion amancillada
con mi desdoro.

Condesa. Y los hijos?

Eulalia. Los llevó consigo.

Condesa. Basta

por ahora, que mi hermano
y el conde vuelven. Eulalia,
usted componga su rostro,
y oculte su desgraciada
situacion, yo prometo
informarme donde pára
el baron.

Salen el Conde y el Mayor.

Conde. Y bien, señoras,
no hacemos la retirada?

Condesa. Quando quieras.

Conde. Dí, condesa,

es cosa de que haga falta
el extranjero á la cena?

Condesa. Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.

Conde. A la verdad, que es bien rara
criatura; pero no importa,
es fuerza que yo le haga
conocer mi gratitud.

Conduzcamos estas damas
al castillo, y tú, Mayor,
si quieres, me harás la gracia,
de suplicarle que venga.

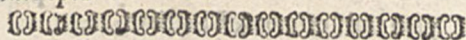
Dile, que le hago la instancia

por tí, por no sonrojar
su modestia; que le aguarda
el objeto de su zelo

generoso, y que si tarda
en venir, iré yo mismo
á sacarle de su estancia.

Mayor. Yo admito la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazon sensible,
y que la amistad consagra.

*El Conde dá la mano á Eulalia, que
aparenta serenidad: el Mayor da el
brazo á su hermana, que no se atreve
á mirarle. Por la posicion, la Condesa
está cerca de Eulalia, y le pasa el
brazo por el cuerpo con amistad.*



ACTO TERCERO.

*Sale Frantz con un cestillo en la ma-
no, en el qual se supone, que trae
la comida que quiere hacer en
aquel campo.*

Frantz. A la verdad, esta vida,
pacífica es de mi genio,
y no las agitaciones
anteriores. El sosiego

del corazon hace grato
qualquier frugal alimento,
que como tranquilo siempre
baxo este sereno cielo.

Pero quién viene?

Sale el Mayor. Querido,
llame usted al extranjero,
que quiero hablarle. *Frantz.* Señor,
es imposible; mi dueño
huye de hablar con los hombres.

Mayor. Vaya usted, en el supuesto
de que no soy un ingrato.

Le ofrece un bolsillo.

Frantz. No necesito dinero.

Mayor. Pues bien, amigo, siquiera
satisfaga usted mis ruegos.

Dígale usted á su amo,
que el sacrificio ligero
de tres ó quatro minutos
no le podrá ser molesto
é importuno: que yo soy
un militar tan sincero
como él generoso; en fin,
quanto pueda darle peso
á mi súplica: sí, amigo.

Frantz. Voy, señor, á ver si puedo

Despues de algun silencio.

hacerle venir.

Vase.

Mayor. Muy bien.

Pero si viene, qué medio
tomaré para introducir
mi súplica? no me acuerdo
de haber tratado en mi vida
misantropo mas austero
ni decidido: yo ignoro
cómo hablar con un sugeto
á quien su misma existencia,

y á quien todo el universo
se le han hecho insoportables.
El Baron y Frantz por la izquierda.

Frantz. Aquel es.

Baron. Vuélvete adentro.

Quién me busca?

Mayor. Usted perdone,
caballero, sí:- que veo!
eres tú, Menó?

Baron. Horts mio! *Se abrazan.*

Mayor. Mi buen amigo! es un sueño?

Baron. No: yo soy.

Mayor. Válgame Dios!

Mirándolo con dolor.

qué pesares han deshecho
tu noble fisonomía?

Baron. La mano del vituperio
y la desventura:- (Carlos! *Aparte.*
calla, calla) y di, qué objeto
te conduce á mi cabaña?

Mayor. El de hablar á un extrangero
insocial, y vésume aquí

llorando en el dulce pecho
de mi Cárlos. *Baron.* Luego tú
no sabias que en el centro
de esta soledad vivia

Menó? *Mayor.* No, amigo; el suceso
de haber salvado la vida
de mi cuñado me ha hecho
venirte á buscar en nombre
de su gratitud: primero
te vino á llevar mi hermana
consigo al castillo, á efecto
de hacerte gozar el fruto
de tu beneficio en medio
de su inocente familia;
yo en fin venia de nuevo
á suplicarte lo mismo,
y este acaso me ha devuelto
un amigo á quien lloraba
perdido por largo tiempo,
y de quien mi corazón
necesitaba el consuelo. *Le abraza.*

Baron. Soy tú amigo, sí, tu amigo,
tu corazón es sincero
y virtuoso, y el mio
te ama como en un tiempo
te amó. Horts, ¿te lisonjea
una verdad que confieso

en la efusion de mi alma?
pues dame una prueba de ello,
dexándome para siempre.

Mayor. Quanto escucho y quanto veo
es incomprehensible, Cárlos.
Tú eres: pero echo ménos
aquel rostro, que anunciaba
tus virtudes, tu talento,
tu afabilidad y gracias,
que un dia constituyeron
tu carácter. *Baron.* Tú te olvidas
que estás hablando de tiempos
muy lejanos á nosotros.

Mayor. Muy lejanos? yo comprehendo,
que tu edad, que apenas llega
á treinta y seis años:- pero
por qué evitas las miradas
de un amigo? tienes miedo
de que conozca en tus ojos
tu dolor? ah! qué se ha hecho
aquella penetracion

con que leías lo interno
del corazón? *Baron.* Sí, Mayor,
Con una sonrisa dolorosa.

fui muy hábil, lo confieso,
en leer los corazones.

Mayor. Ah! cómo agita tu aspecto
esa funesta sonrisa!

qué te sucede? que es esto,
amigo? *Baron.* Lances comunes;
Afectando ligereza.

el mundo:- nada:- sucesos
ordinarios:- Sino quieres
Volviendo á su primera seriedad.
que te maldiga, te ruego
que no preguntes nada;
y si tienes en aprecio
mi amor, dexame por siempre.

Mayor. Qué espectáculo tan nuevo
para mí! Caro Menó,
que despierten en tu pecho
las ideas del placer
anterior, y que tu muerto
corazón se reanime
á los ojos, del primero,
del mejor de tus amigos.
Olvidas quizá los bellos
dias de nuestra amistad?
Aquellos dias serenos

y las pacíficas horas
 en que el Dios del universo,
 apareciendo en sus obras,
 penetra hasta los senos
 del alma, y la disponia
 á los plácidos afectos
 de confianza y de amor?
 Ay! en aquellos momentos
 nos unimos para siempre!
 te acuerdas, Carlos?

Baron. Me acuerdo.

Procurando ocultar su turbacion.

Mayor. Y no merezco yo ahora
 tu confianza? ah! no es cierto,
 que tú y yo fuimos amigos
 de los que reúne un necio
 capricho por un instante,
 y el instante venidero
 los desune: siempre juntos
 hemos volado al encuentro
 de la muerte:- Carlos mio,
 yo te juro que padezco
 en recordarte las pruebas
 de mi amor:- pero á lo menos,
 reconoces esta herida?

Se descubre el pecho.

Baron. Ay hermano! ese sangriento

Le abraza.

golpe libertó mi vida;
 pero qué don tan funesto
 hiciste en ella á tu amigo!

Mayor. Habla, por Dios.

Baron. No hay consuelo
 para mí. *Mayor.* Lloremos juntos.

Baron. Vé ahí lo que yo no quiero:
 ya no hay mas llanto en mis ojos.

Mayor. Pero depon tus secretos
 en mi corazon, y el tuyo
 descansará. *Baron.* No hay remedio:
 este mio es un sepulcro
 cerrado; por qué de nuevo
 abrirle á la luz? *Mayor.* Acaso
 para cobrar tu primero
 ser, tu dignidad antigua,
 que has perdido. Me avergüenzo
 de tí: un hombre tan prudente
 dexarse hollar indiscreto
 por la suerte? Tú no eres
 mi buen Menó, compañero,

maestro y amigo mio:
 la nobleza de tu recto
 corazon debió elevarte
 sobre tu destino adverso
 y la injusticia del hombre.

Baron. Escucha. Que desde luego

Despues de un corto silencio.

piense de mí lo que quiera
 ese mundo que aborrezco;
 pero es fuerza, que al dexar
 la sombra de tu primero
 amigo, sepas la causa
 que aniquiló sus afectos
 mas plácidos para siempre.
 Hermano! desde el momento
 en que dexamos las tropas
 de Francia, huyó sin remedio
 la ventura de tu amigo.
 El deseo lisonjero
 de ser útil á mi patria
 me fixó en ella. Defectos
 de legislacion, y abusos
 del poder diéron al zelo
 de mi pluma un largo espacio;
 y solo adquirí por premio
 la certidumbre terrible
 de que pueden ser los buenos
 aborrecidos sin causa.
 Herido en lo mas interno
 de mi corazon, callé:-
 Tardío conocimiento!
 ah! los hombres no perdonan
 nunca al virtuoso necio,
 que ha querido ser mas sabio
 que los otros: y en efecto,
 tal fué mi suerte. Yo triste,
 viví solitario y léjos
 de la multitud. Mi patria,
 esperando que en su seno
 gozara yo de mis bienes,
 me dió el no pedido empleo
 de Teniente Coronel
 que admití, sin el anhelo
 de ser mas. Mi coronel
 murió, y en mi regimiento
 habia tres oficiales
 de mi grado y de mas precio
 por sus méritos que yo.
 Juzga tú quan satisfecho

me quedaria , si hubiera
recaido en uno de ellos
la eleccion ; pero la dama
de un ministro sin talento
y con amor , dió aquel grado
á un mozo vano y soberbio,
que seis meses hace habia
hecho el primer juramento
en las banderas ; y airado
pedí mi retiro. En esto
corriéron por la ciudad
mil sátiras y libelos
sobre su eleccion injusta,
que me imputáron. Yo , léjos
de humillarme á desmentirlos,
sufrí sin pavor los hierros
de una prision ; pero apénas
me ví libre , dexé un pueblo
fatal á los virtuosos.

Confiado yo en mi recto
corazon y en mi tardía
prudencia , desprecié el riesgo
de vivir entre los hombres,
y vine á Casel. Risueño
todo , todo venturoso
me parecia en mi nuevo
domicilio : mi fortuna
y carácter me adquiriéron
varios amigos:- Amigos!
En fin , á muy poco tiempo
hallé una esposa inocente,
jóven , bella , y el modelo
de la virtud y las gracias.
Quánto la quiso mi tierno
corazon ! y quán felice
viví con ella en el seno
de mi plácida familia,
y con el nombre alagüeño
de padre ! Sí , amigo mio,
vé aquí los solos momentos
en que conocí la dicha:-

Ay mísero ! Cómo ? aun vierto

Limpiando los ojos.

lágrimas ! ya no esperaba
derramarlas. Acabemos.
Uno á quien llamaba amigo,
y á quien juzgaba sincero
y justo , robó mi casa.
Yo devoré el sentimiento
de mi pérdida , y tranquilo
conocí , que satisfecho

el corazon , no codicia
esos goces pasajeros
del luxó : en fin desterré
de mi familia el exceso
inútil ; y limitando
mi sociedad á un estrecho
círculo , conservé en ella
un jóven , cuyo modesto
lenguage , cuya conducta
justificaban mi aprecio,
á quien prodigué mi hacienda,
para quien obtuve empleos
y cargos:- y este seduxo
á mi muger en secreto,
y huyó con ella. Ya sabes
mi desgracia. Basta esto
para motivar mi odio,
odio universal y eterno:
y llamarás ilusion
mi afrenta y mi vituperio ?

Ay ! el alma de Menó
pudo soportar el peso
de los hierros , la injusticia
y la muerte ; mas los hierros,
la injusticia , y aun la muerte,
qué pueden ser en cotejo
del agravio de una esposa,
el dulce y único objeto
de mi amor , y por quien solo
me fué grato el universo ?

Mayor. No era digna de tí , Cárlos,
y llorar sin mas consuelo
por una muger infiel
es delirio. *Baron.* No me ofendo
de que llames como quieras
las afecciones que pruebo;
pero el corazon no cede
á la fria razon:- Cielos!
yo la amo aun.

Mayor. Dónde está ?

Baron. Ni lo sé , amigo , ni quiero
saberlo. *Mayor.* Pero , y tus hijos ?

Baron. En una aldea no léjos
de mi soledad se crian,
humildes á los preceptos
de una muger buena y necia.

Mayor. Siempre Misanthropo ! Pero
por qué no viven contigo
como el único remedio
de hacer menos dolorosa
tu existencia ?

Baron. No , su aspecto, copia de una ingrata madre, me ofrecería el recuerdo de mi fugitiva dicha: y en fin , amigo , no puedo sufrir en rededor mio ni los niños , ni los viejos, ni los hombres ; y si el uso no me hubiera casi hecho indispensable un criado, no sufriría el que tengo, aunque sé que entre los malos quizá no es el mas perverso.

Mayor. Ya veo , que á la amargura de tu dolor los consuelos ordinarios serán vanos; pero la amistad al menos te será grata. Ven , *Cárlos*, donde te aguarda el afecto de mi familia. *Baron.* Quién ? yo ? yo frecuentar el comercio del hombre ? *Horts*, ya lo dixé.

Mayor. Es verdad ; pero yo creo que , á no ser un insensible, no puedes hacer desprecio de unas almas que agradecen.

Baron. Hermano mio , no niego que dices bien ; pero si supieras cuánto padezco en ver á un hombre ! no , amigo, déxame con el silencio de mi soledad. *Mayor.* Siquiera una sola vez te ruego.

Baron. No , no. *Sin aspereza.*

Mayor. *Cárlos* , no rehuses esta gracia á tu sincero, á tu buen amigo. *Baron.* Escucha. *Despues de reflexionar.*

Tú lo suplicas , y quiero complacerte. Pero en fin, que sea como un encuentro casual , un solo instante. Condúcelos aquí , y luego que lleguen al pabellon, ven por mí , que yo te espero, y tú me presentarás.

Mayor. Bien , y yo me lisonjeo que nos harás compañía en el castillo algun tiempo.

Baron. No lo esperes , y te exijo la palabra , el juramento

de que no pondréis estorbo á la fuga que proyecto mañana. *Mayor.* Qué obstinacion !

Baron. Dame tu palabra , ó vuelvo á retractar la que dí.

Mayor. Bien , *Cárlos* ; pero:-

Baron. Te advierto, que digas á tu familia, que mis adornos son estos que ves. *Señalando su vestido.*

Mayor. No importa : mi hermano ama solo en tí lo recto de tu corazon. Ven , *Cárlos*, abracémonos de nuevo, y admite las expresiones del amistad. Ah ! no creo, que este abrazo afectuoso le abraza. haya de ser el postrero. *Vase.*

Baron. *Frantz.* *Sale Frantz.* Señor.

Baron. Mañana mesmo partimos. *Frantz.* Bien.

Baron. Pero pienso, que léjos de aquí. *Frantz.* Yo, vamos.

Baron. Quizá , quizá para pueblos de la otra parte del mar.

Frantz. Adonde usted quiera.

Baron. Isleños pacíficos y felices del mar del Sur , ay ! yo vuelvo á morir entre vosotros.

Los piratas Europeos dicen que robais, Qué importa que me despojeis del resto de una propiedad inútil?

El tesoro de mas precio, el reposo de mi vida me lo han robado en el seno de mi patria. Viva yo muerto para el hombre , muerto para el universo , ingrato origen de mi tormento.

Oíste , *Frantz* ? á la aurora mañana sin falta:-

Frantz. Entiendo.

Saca el sobre de una carta.

Baron. Pero:- *Frantz* , primero importa que vayas sin perder tiempo á casa de la persona que dice aquí. Yo te quiero autorizar con mi letra para que antes del sol puesto

te vuelvas con mis dos hijos.

Frantz. Usted hijos! *Baron.* Sí.

Frantz. Qué genio!

válgame Dios? y ha tres años

que sirvo á usted sin saberlo.

Luego usted ha sido esposo?

Baron. Frantz, no me atormentes necio con preguntas.

Frantz. Pues me irá. *Vase.*

Baron. Aguardame en mi aposento.

Sí, yo quiero acostumbrarme

á estrecharlos en mi seno.

Estos pobres inocentes

no deben quedar expuestos

á una educacion viciosa.

O nunca sea! primero,

igaorados qual su padre,

corran por el campo abierto

con el arco y con la flecha,

como las auras ligeros,

y el arte de manejarlos

sea todo su talento.

Pero alguien se acerca. Vamos

á escribir primero, y luego

á cumplir con la amistad

por última vez.

Vase, y salen la Condesa, el Conde,

Eulalia y el Mayor.

Conde. Reniego

de tanto andar. Vaya, vaya,

que las señoras me han puesto

en exercicio; y fortuna

de que soy el compañero

de la bella y eloqüente

Miler. Y bien, con que habemos

reducido al Misanthropo

á venir aquí? Por cierto

raro hombre! pero nunca

hará menor en mi aprecio

su virtud la extravagancia.

Mayor. Voy por él; pero te ruego

no exáspere su carácter

con instancias: por lo menos

la franqueza logrará

que desarrugue su ceño. *Vase.*

Conde. Bien, haré lo que tú quieras.

Vamos, muger, vé aquí el tiempo

de hacer uso de tus gracias:

tú ya estás en el empeño

de curar este selvage

melancólico extranjero,

y ello es fuerza.

Condesa. Quién pudiera

conquistar á nuestro sexó

un hombre, que ha resistido

á los ojos halagüenios

de nuestra Miler? *Eulalia.* Señora,

aun quando no fuera incierto

ese poder en mis ojos,

mis ojos nunca le vieron.

Conde. Qué rareza! pero él llega

con mi hermano. Yo celebro

ver al hombre generoso:-

Eulalia. Ay! *Baron.* Dios mio!

Cárlos hace al llegar una cortesia á las

damas, *Eulalia* le mira, dice ay! y cae

desmayada en los brazos de la *Condesa*:

Menó la reconoce, y al decir: Dios mio!

tapándose el rostro con las manos huye

despavorido hácia su habitacion. En tan-

to el *Mayor* admirado y triste de lo que

acaba de pasar, permanece en silencio

hasta que el *Conde* y su muger han

conducido al pabellon á *Eulalia*.

Condesa. Santo Cielo!

qué es esto? querida Miler!

Conde. No vuelve: y el extranjero

se ausentó; pero acudamos

á Miler. *Condesa.* Vamos adentro

del pabellon, que está cerca,

á desahogarla el pecho.

La conducen entre los dos.

Mayor. Esperanza lisonjera,

vana imágen de mis sueños

deliciosos! yo tendia

mis brazos en pos del viento,

que disipó mis placeres

como la niebla. El secreto

se descubrió: yo adoraba

á la muger de mi tierno

amigo:- Y bien, qué seria

imposible á mi deseo

la reunion de dos almas

dignas del amor eterno

que se juraron? Acaso

un delito pasagero

(mas debilidad que culpa)

habrá por siempre deshecho

el lazo que los unia?

Ah! no, yo me lisonjeo

de hacer feliz nuevamente

á mi *Cárlos*; y si puedo

conseguir esta ventura,
no diré que yo la pierdo.

Sale del pabellon el Conde.

Conde. A Dios, Mayor.

Mayor. Y la Miler?

Conde. Miler al instante ha vuelto

de su accidente, y ya queda
mas tranquila y escribiendo;
pero quizá mi presencia
la importuna, y yo no quiero
comprimir su corazon.

Sin embargo, Mayor, pienso
que tú y mi muger sabeis
mucho mas en el suceso
actual, que yo. Mayor. No envidies
en este caso, te ruego,
esa triste preferencia.

Conde. No, hermano; no, yo respeto
la causa de su aficcion,
y sin saber mas te dexo.

Haz siémpre por detener
al virtuoso extrangero
á quien amo, y á quien Miler,
sino me engaño, hará menos
insocial y Misantropo.

En el castillo te espero.

A Dios. *Vase por la derecha.*

Salen Eulalia y la Condesa.

Mayor. A Dios. Condesa. Y mi esposo.

Mayor. En este propio momento
se aleja de aquí. Señora, *A Eulalia,*
no perdamos sin provecho
estos preciosos instantes:
procuremos buscar medios
en tan repentino aeaso
de que usted vuelva de nuevo
con el mejor de los hombres.

Eulalia. Pnes cómo?:- qué?:- caballero?:-

Mayor. Menó, señora, es mi amigo
desde la niñez; los riesgos
de la guerra confirmaron
nuestro cariño primeró.

Pero hace ya siete años,
que léjos de él, y mas léjos
de saber de su destino,
gemia en el desconsuelo
de mi corazon. En fin,
le hallé, señora, y su pecho
derramó su acerba pena
en el mio.

Eulalia. Oh Dios! yo pruebo

quanto abate al criminal
la presencia de los buenos.

Ah! señora, dónde, dónde
me ocultaré?

*Esconde la cara entre las manos
de la Condesa.*

Mayor. Si un eterno
dolor, si una larga serie
de lágrimas y tormentos,
si la virtud afligida
no nos dan algun derecho
al amor y á la clemencia
de los hombres y del cielo,
quién nos le dará? Muger
desafortunada, el sueño
de tu honor fué de un instante,
y la culpa de un momento
borró el llanto de tres años.

Sí, señora, yo penetro
el alma de mi buen Carlos:
él quedará satisfecho:

y yo corro á interceder
por usted con todo el fuego
de la amistad que me anima.

Venturoso yo! si puedo
perpetuar la memoria
de una accion de cuyo efecto
dependerá para siempre
mi placer y mi consuelo. *Hace que se va.*

Eulalia. No, señor Mayor, yo adoro
su honor, y el injusto pueblo

no perdonaria nunca
su debilidad: al menos
no le añadamos dolor

á dolor:- Ah! viva léjos
de mí felice, y no pruebe
por mas tiempo el vituperio
de llamarme esposa. Mayor. Y qué

usted desprecia mi zelo?

Eulalia. No, señor; mas oiga Usía
lo que suplicarle quiero.

Muchas veces, que oprimido
mi corazon con el peso
de un delito imponderable
juzgaba que los consuelos
huyeron de mí por siempre;
quizá pensé, que si el cielo
por última vez cumplia
los votos de mi deseo,
dexándome ver mi esposo
para confesar mi yerro

á sus plantas generosas,
seria menos intenso
mi dolor. Y por lo mismo
haced que atienda mis ruegos:
que me conceda el llorar
por unos cortos momentos
ante sus ojos, si acaso
puede sufrir el aspecto
de una muger criminal.

Pero nõ juzgue que anhele
su perdon, ni que yo quiera
restablecer mi concepto
á expensas del honor suyo.

Ay ! solo verle deseo,
y preguntar por mis hijos.

Mayor. Si no perdió sus derechos
en el corazon de Cárlos
la humanidad yo prometo
que lo hará. Dexad ahora,
porque no tenga un pretexto
de rehusar mi visita,
estos contornos. Yo vuelo
en favor de usted, Eulalia,
á las plantas de mi tierno
amigo. *Condesa.* Ay hermano ! nunca
te quise como te quiero.

La Condesa le alargá la mano con la expresion de la amistad : Eulalia echa una mirada al Mayor, que explica su reconocimiento; despues se arroja sobre la mano de la Condesa, que la coge en sus brazos y se entra con ella por el bastidor anterior al pabellon.

Mayor. Nõ hay en la tierra dos almas
semejantes : su primero
lazo no debe romperse,
y Cárlos puede sin riesgo
perdonarla:- perdonarla!
y cómo eludir los zelos
del pundonor, que no siempre
es una quimera ? Pero
una jóven inexperta
la víctima de un perverso
que la arrastró á los delitos,
y cuyo arrepentimiento
ha sido tan dilatado,
tan doloroso y severo:-
Ah ! que el mundo no recibe
justificacion del bueno
que fué débil un instante.
Pero Cárlos no huye lejos

de su injusto juez ? no piensa
sepultarse en el secreto
de la obscuridad ? no ama
su corazon al objeto
de su llanto ? Sí ; pues ella
le servirá de universo.

*Sale Frantz con los niños Eugenio
y Amalia.*

Eugenio. Ya me canso.

Amalia. Y yo tambien.

Eugenio. Y diga usted, llegaremos
pronto ? *Frantz.* Sí, pronto.

Mayor. Detente:

dime, qué niños son estos ?

Frantz. Los de mi señor.

Amalia. Es este

Papá ? *Mayor.* No desperdiciemos
la ocasion. Amigo, escucha;
yo sé que amas á tu dueño,
y me debes ayudar.

Frantz. En qué ?

Mayor. No ha muchos momentos
que halló á su muger.

Frantz. De veras ?

ay, señor, cuánto me alegro !

Mayor. Ya conocias á Miler ?

Frantz. Y es ella ? *Mayor.* Sí ; pero creo
que huye de ella tu señor,
y vé aquí lo que debemos
evitar. *Frantz.* No hay duda : y cómo ?

Mayor. Sus hijos pueden hacerlo:
llévalos al pabellon,
que dentro de poco tiempo
sabrás mas. *Frantz.* Pero:-

Mayor. No quieras
inutilizar mi zelo
con tu detencion.

Los conduce al pabellon.

Muy bien.

Mas él llega. Sí : yo espero
que la inocente sonrisa
de sus hijos pequeñuelos
penetre su corazon,
si resiste al lisonjero
mirar de su bella madre.

Sale el Baron.

Y bien, Cárlos, ya te veo
menos infelice.

Baron. Cómo ? *Mayor.* Hallándola.

Baron. Qué es necio
el que quiere consolarme,

demostrándome á lo léjos
el tesoro que perdí!

Mayor. No es necedad , si de nuevo
puedes volver á gozarle.

Baron. Te entiendo , *Mayor* : á efecto
de conseguir mi perdon
te envía ; pero te advierto,
que es en vano.

Mayor. Que tu esposa
me envia , no te lo niego ;
mas no para reuniros.
Ella te ama , su consuelo,
su ventura la aborrece
sin tí. Pero yo te ruego
que aprendas á conocerla,
y creas que adora menos
á *Cárlos* , que á su opinion.

Baron. Pues á qué vienes ? *Mayor.* Primero
en mi nombre , como amigo,
como hermano y compañero
de armas , á suplicarte
que le perdones un yerro
involuntario : no , nunca,
nunca (yo lo juro al Cielo)
verás su igual. *Baron.* Es verdad.

Mayor. No me niegues que tu pecho
la tiene amor.

Baron. Ay amigo ! *Le coge la mano.*

Mayor. Pues bien , el remordimiento
Con calor.

ha expiado ya su culpa.

Sí , *Cárlos* , vuelve de nuevo
á ser feliz. *Baron.* Ser feliz !
ser yo feliz ! cómo puedo
ser feliz , si ya los hombres
han roto el lazo que un tiempo
fué mi placer , y le han roto
para siempre ? ah ! yo no debo
violiar la ley que me imponen
las opiniones de un pueblo.

Mayor. Y qué te importan los hombres ?
quien ha sabido en el tiempo
de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mundo que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía
de su amiga.

Baron. No hay remedio.

Con que todos se conjuran
con mi corazon , á efecto

de trastornar mi razon !
di , qué quieres de mí ?

Mayor. Quiero
que la veas : negarias
á tu esposa este consuelo ?

Baron. Venga pues ; pero no juzgue
envilecerme : la veo
para no verla jamas.

Mayor. Espérame aqui un momento. *Vase.*

Baron. Y bien , *Cárlos* , ya se acerca
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,
sí , tú verás al objeto
de tu amor , verás la madre
de tus hijos ! ah ! y no vuelvo
á estrechar mi corazon
con su enamorado pecho ? :-
Abrazarla yo ! no es ella
la que derramó tormentos
en la copa de mis dias ?

no es ella por quien padezco,
y por quien maldigo al hombre ?
Pobre Cárlos ! no hay remedio ;
tu suerte está decretada.

Sin embargo no pretendo
tratarla con crueldad :

ella verá , que respeto
su llanto , que la perdono,
y en fin que la compadezco.

Pero quién :- ay , qué es *Eulalia !*
Pundonor . , orgullo , zelos ,
vé aqui la muger que me hizo
infeliz sin merecerlo.

Salen Eulalia , la Condesa y el Mayor , y
Eulalia toda trémula y confundida
dice á la Condesa.

Eulalia. Ah generosa muger !
dexadme : si tuve esfuerzo
para la culpa , tampoco
me le ha de negar el cielo
para explicar mi dolor.

La Condesa y el Mayor entran
en el pabellon.

Ay , con cuánto rubor llego !
Señor.

Se acerca á Cárlos que sin volver la
cara , aguarda conmovido que ella
empiece á hablar.

Baron. Qué quieres , *Eulalia* ?

Con dulzura , pero sin volver la
cabeza.

Eulalia. No , no por Dios ! huya léjos de mi oído la dulzura que me despedaza el pecho, hombre piadoso : resuenen solo en él los duros ecos de la indignacion.

Baron. Y bien ?

Con severidad.

Eulalia. Ah ! si el hombre á quien ofendo se dignase darme quejas, cuánto aliviaria el peso de mi corazon !

Baron. Yo quejas !

mis muertos ojos , el negro velo que los cubre , el llanto que derramaron un tiempo se podrán quejar por mí ; pero no yo.

Eulalia. Ese silencio generoso me aniquila, multiplica los tormentos de mi penar. O Dios mio ! á quien agravié !

Baron. Al primero y al mejor de tus amigos. Pero ya ves que debemos separarnos para siempre.

Eulalia. Ah señor ! si , ya lo veo : tampoco imploro mi gracia, ni vengo con el intento de conseguir el perdon, el perdon que no merezco. Solo pido , que algun dia no maldigais al objeto de vuestro primer amor.

Baron. No , Eulalia , no ; yo no puedo maldecir á quien me hizo venturoso en mas serenos dias. No jamas , jamas, triste muger.

Eulalia. Conociendo la iniquidad de mi ofensa, para que volvais de nuevo á ser mas feliz esposo, ve aquí , señor , os entrego

Le presenta un papel.

este papel de divorcio, en el qual , señor , confieso mi delito.

Baron. O , nunca sea !

Lo toma y lo rompe.

Tú sola tuviste imperio en mi corazon , Eulalia, y tu imperio será eterno. Mi honor sacro é inflexible me prohíbe aun el deseo de unirme á ti ; pero nunca tendrá lugar en tu lecho nueva esposa.

Eulalia. Solo pido

Despues de algun silencio.
al despedirme::-

Baron. Primero

escucha. Yo he conocido quanto es sensible tu pecho al llanto del infortunio, y será justo que al menos satisfagas tu piedad, y no vivas con el riesgo de implorar la compasion agena : toma este pliego

Le ofrece uno que saca de su cartera.
que te asegura una renta moderada.

Eulalia. No le acepto.

El trabajo de mis manos será todo mi consuelo, y el pan que riegue mi llanto me servirá de sustento.

Baron. Tómale , Eulalia.

Eulalia. Señor,

bien lo sé que yo merezco mas humillacion , mas pena ; pero no añadais , os ruego, á mi rubor esta afrenta.

Baron. Cruel hombre , hombre perverso, ah , qué muger me has robado !

En fin , Eulalia , respeto tu virtud. Pero si acaso

Con amor.

probases en algun tiempo la indignancia , te suplico que recurras al momento á mí. *Eulalia.* Bien está.

Baron. Con todo,

Le da una caxita con joyas.

estas joyas que te ofrezco tómalas , pues que son tuyas.

Eulalia. No , señor , estos objetos me acuerdan aquellos dias en que , digna del afecto de mi esposo y de mi padre,

bendecia el universo
mi ventura. Solo admito,
Saca de ella un reloj.
este reloj, que mi Eugenio
llevaba, y al qual rodean
de mi Amalia los cabellos.

Ah! yo le conservaré,
yo le arrimaré á mi tierno
corazon arrepentido,
y le besaré muriendo.

Baron. Dios mio! no puedo mas.

A Dios, Eulalia::

Hace que se vá.

Eulalia. Primero *Le detiene.*
tranquilizad á una madre.

Viven mis hijos? han muerto?

Baron. Viven.

Eulalia. Hombre virtuoso,
no desatendais mi ruego:
permitid que yo los vea,
y los estreche á mi seno
por última vez:- Dios mio!

Si supierais qué tormento
me arrancaba las entrañas
mientras he vivido léjos
de mi Carlos y mis hijos,
al ver á los pequeñuelos
inocentes de su edad
en sus pacíficos juegos!

Ah! permitidme, señor,
que los vea, y me aleje
de ellos y de vos por siempre.

Baron. Eulalia, yo te prometo
que los verás esta noche:
los aguardo de un momento
á otro, y apenas lleguen
mi criado irá con ellos:
tenlos contigo hasta el alba,
pero devuélvelos luego
á su desdichado padre.

Eulalia. En fin, que ya no debemos
vernós en la tierra? A Dios,
hombre generoso y bueno:
olvidad á una infelice,
que no querrá en ningún tiempo

olvidaros.

*Repentinamente le coge la mano, se
arrodilla y la besa.*

Ah! dexadme,
señor, que bese primero
esta mano que fué mia.

*La Condesa tiene al niño en los brazos, el
Mayor á la niña, y salen poco á poco del
pabellon, de modo que no llegan á Carlos
y Eulalia hasta el último á Dios.*

Baron. Eulalia, no, alza del suelo:
no te humilles, y recibe
por fin el á Dios postrero.

Eulalia. Para siempre!

Baron. Para siempre.

Eulalia. Puedo llevar el consuelo
de que no me aborrezceis?

Baron. No, Eulalia, no te aborrezco.

Eulalia. En fin, quando mi dolor
haya expiado mis yerros,
la muerte nos unirá
con el Dios del Universo.

Baron. Ante sus ojos no reyna
la preocupacion del necio,
y allí gozaremos juntos
la eternidad de los tiempos.

*Sus manos se enlazan, y mirándose
con la mayor ternura, se dicen
con voz trémula.*

Los dos. A Dios.

*Ellos se separan; pero al volver el rostro
encuentra Eulalia á la Condesa cerca de
ella que levanta al niño, y le pone á los
ojos de la madre; Eulalia le toma en sus
brazos y estrecha con su corazon. Lo mis-
mo hacen á la otra parte el Baron,
y el Mayor.*

Eulalia. Ay?

Baron. Eulalia mia!

abrazas á tu esposo:- *Eulalia.* Oh cielo!
*Los dos se arrojan en los brazos uno de
otro; y al mismo tiempo los niños, que
el Mayor y la Condesa tienen en sus
brazos, se abrazan al cuello de sus
padres, y cae el telon.*

F I N.

Con licencia: En Valencia, en la Imprenta de Joseph de Orga, donde se
hallará, y en Madrid en la Librería de Quiroga, calle de las
Carretas. Año 1801.